

CRISTINA PRADA

TU

NUNCA
DEJARÁS DE SER
MI MILLÓN
DE FUEGOS
ARTIFICIALES

*Tú nunca dejarás de ser
mi millón de fuegos artificiales*

Cristina Prada

© Cristina Prada, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Diseño de la cubierta: Tiaré Pearl
© Imagen de la cubierta: ESB Professional, Oleksboiko / Shutterstock

Primera edición: julio de 2022
ISBN: 978-84-08-26129-2
Depósito legal: B. 10.204-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



Holly

Observo el Mustang alejarse y un montón de pensamientos me enmarañan la cabeza a la vez. Tengo que olvidarme de él; no darle una mísera vuelta a por qué se ha peleado o con quién o qué demonios ha ocurrido. Ya no hay nada entre nosotros. Peor aún. Yo creía que lo había y resultó que todo era una mentira increíblemente bien orquestada por su parte. En eso tengo que reconocerle el mérito.

Idiota. Idiota. Idiota. ¡Ríndete!

Aprieto los puños con rabia junto a mis costados. ¿Por qué no soy capaz de mandarlo al diablo y borrarlo de mi vida? No sé a qué están esperando para inventar una pastilla con el objetivo de apagar la vocecita que no deja de decirte que el chico malo, al que claramente deberías mandar al infierno, tiene problemas que no quiere contar y necesita ayuda. Películas de los ochenta, sentíos responsables.

Cabeceo. ¿Y qué se supone que voy a hacer ahora? Llamarlo. Llamar a Harry o a Ben. Volver a ser la Colombo de pacotilla y tratar de averiguar qué es lo que le pasa para que, al final, me diga que no es asunto mío y me recuerde que no somos nada mientras esos ojos verdes me roban la respiración.

¡Tengo que aprender la lección de una vez!

Vuelvo a cabecear. Tengo que dejarlo estar. *Ol-vi-dar-me-de-él* y dar por hecho que solucionará sus problemas solo... Esos proble-

mas que lo tienen tan jodido y que lo hicieron saltar al agua llena de rocas en mitad de la noche, borracho, para dejar de pensar. Se me encoge el corazón. No quiero que le pase nada.

¿Qué narices hago?

—¡Eres rara, ¿lo sabías?! —grita una voz, sacándome de mis supertrascendentales reflexiones.

Muevo mi vista hasta el sonido y allí está, mi recién estrenado vecino, con las dos manos apoyadas en la barandilla de madera de su porche, sosteniendo el libro todavía en una de ellas y observándome sin ninguna intención de ser discreto... aunque acaba de llamarme rara a gritos antes incluso de decirme cómo se llama. No sé qué espero después de eso.

—¡Y tú, un idiota! —suelto sin darle una sola vuelta.

Probablemente debería haberlo hecho, porque es mi vecino y me quedan muchos días de verlo por aquí antes de irme a la universidad... y muchos Acción de Gracias después.

El chico sonrío, encantado con mi respuesta.

—¿Ya la has enfadado? —se queja su hermana, saliendo al porche de nuevo desde el interior de la casa. Lleva el cargador del móvil en la mano. Él ni siquiera la mira—. ¡No le hagas caso! ¡Me llamo Eve!

—¡Se llama Evangeline! —la corrige él. Ella, automáticamente, lo fulmina con la mirada—. No te avergüences del nombre familiar, hermanita —la pincha burlón.

—¡Y este cretino paliducho es mi hermano Hunter!

Él se lleva dos dedos a la frente en el amago de un saludo militar. Sin volver a mirarme, gira sobre sus talones y se mete otra vez en su casa. Frunzo el ceño. Es el colmo de la simpatía.

—¡Pasa de él! —me pide Evan... Eve—. ¡¿Cómo te llamas?!

—¡Holly!

Sonríe y yo hago lo mismo, pero la verdad es que no puedo dejar de darle vueltas a todo lo que ha pasado con Jack.

—¡¿Y qué hacéis aquí para divertirnos?! —inquire, apoyándose en la barandilla, como ha hecho antes su hermano.

Me obligo a volver al aquí y ahora.

—¡Muchas cosas! —contesto. Francamente, jamás he entendido

muy bien esa pregunta. En cualquier ciudad se pueden hacer algo así como un millón de cosas, desde tomarte un café a salir a correr—. El Red Diner mola bastante —decido elegir una.

Ella sonrío. Parece que he hecho bien en escoger la cafetería en vez de lo de salir a correr, aunque en mi elección también ha influido que la última vez que hice deporte fue... nunca.

—¿Nos vemos en una hora y me llevas?!

Primera respuesta mental: no lo sé.

La cabeza me va a mil millas por hora, tratando de decidir qué hacer con todo el rollo de Jack.

Segunda respuesta mental: no.

Tengo que llamar a Harry o a Ben, o a los dos, o tal vez presentarme en sus casas. Necesito averiguar qué le ocurre a Jack, ayudarlo...

Y, de paso, dejar de ser una pringada enamorada. Cualquier momento es bueno.

¡Estoy hecha un completo lío y lo odio!

—¡Tienes pinta de necesitarlo casi tanto como yo! —sentencia.

En mitad de todo este huracán de emociones, me da por sonreír. Bueno, de algo estoy segura: sonreír por una nueva amiga es mejor que llorar por un chico.

Tercera respuesta mental: sí.

—¡Nos vemos en una hora! —acepto.

Eve asiente enérgica y entra en su casa. Yo voy a hacer lo mismo, pero entonces un pensamiento fugaz cruza mi mente: ¿y si Jack se ha peleado con Scott?

Deja de fliparlo, Holly.

Para que eso hubiese ocurrido, Jack tendría que sentir algo por mí y ya lo dejó muy claro ayer. Ayer. Después de hacer que le confesase que lo quería. Después de tratar de arreglarlo cuando me enfadé porque lo hubiese hecho solo para que Scott lo oyese... Maldita sea. Estoy segura de que él sintió algo cuando se lo dije. Me miró como si ese instante fuera su vida entera. Eso no se puede fingir, ¿no?

Los ojos se me llenan de lágrimas. Ya no tiene nada que ver con estar o no triste. Es por toda esta estúpida confusión.

¡Dios! ¡Jack Marchisio, te odio!

Entro en casa pisando fuerte, enfadada conmigo misma por no poder atenerme al punto número uno de mi lista. Jack se acabó. Finito. *Game over*.

Subo a mi habitación. Me doy una ducha superrápida. Me pongo mis vaqueros y mi camiseta favoritos. Me anudo mis Converse. Y bajo recogíendome el pelo en una cola de caballo.

—Papá, salgo a dar una vuelta con la vecina nueva —suelto al aire, abriendo la puerta principal.

—Diviértete —oigo responder a mi tía justo antes de morirse de risa.

—Te quiero, peque —añade mi padre, y también se notan las carcajadas en su voz.

¿Qué están haciendo estos dos?

Me desvío hacia la cocina y los veo a ambos embadurnados de harina, preparando una tarta juntos, muertos de risa. Apuesto a que mi tía se ha manchado la mejilla sin darse cuenta y mi padre le ha ensuciado la otra. Ella se ha vengado, después él, y han acabado así.

—¿Nos vamos? —me pregunta Eve en la puerta.

Asiento con una sonrisa, sin levantar la vista de ellos. Me gusta verlos felices.

Cruzamos mi jardín hasta la acera y empezamos a caminar. El Red Diner no está lo que se dice cerca, pero creo que le gustará conocer el barrio y esas cosas.

—Créeme, te entiendo —suelta de pronto, estirando suavemente la mano—. Mis padres también son superempalagosos. Parecen los de «El cuento de la criada» reencontrándose en la frontera, pero sin nadie vestido de los años cincuenta dispuesto a pegarles un tiro, claro.

Yo sonrío por la comparación y, al caer en a qué se refiere, niego con la cabeza. Tengo que reconocer que tardo un rato. Hoy mi rapidez mental en temas no relacionados con quarterbacks es lamentable. Me encanta ese plural, como si hubiese más de un quarterback que supiese que existo y todos se peleasen por mí. Ay, Holly Miller, pero qué pena das.

—No, ellos no... —No sé muy bien cómo seguir esa frase, ¿están liados?, ¿son pareja? Suena muy raro—. Son mi padre y mi tía —atajo, concisa.

Eve enarca las cejas de una manera muy significativa, aunque no consigo desvelar el mensaje.

—No están liados —pronuncio en voz alta, por dejar claro este punto básicamente.

—¿Y tu madre? —indaga, entonces.

—Ella prefirió no estar —contesto sincera con una mueca triste en los labios.

Duele, pero creo que duele menos de lo que pensé que dolería. Sin quererlo, me recuerdo a las puertas de su edificio, pero también me dibujo con Jack, en Big Sur, y lo bonito va borrando poco a poco lo que hierde... No pudo ser mentira. Nadie finge tan bien. Los besos. Su manera de mirarme. Me sentí protegida y especial. Me muerdo el labio inferior pensativa. ¿Y si lo que quiere es apartarme? ¿Y si le ha pasado algo y no quiere que me involucre? Dijo que no quería arrastrarme a su mierda de vida. Conozco a Jack y haría cualquier cosa por proteger a la gente que le importa.

Abro mi bolso. Voy a coger mi móvil y llamarlo. Sin embargo, cuando ya lo estoy rozando con los dedos, me detengo. ¿Y si todo es una película que me estoy montando? Debería llamar a Taylor Swift y venderle los derechos de esta movida; tendría al menos para tres canciones.

—Holly —me reclama Eve, devolviéndome a la realidad.

—¿Qué? —murmuro perdida.

No la estaba escuchando para nada. Una genial primera impresión de nueva amiga.

—Perdóname —me apresuro a disculparme, sin que dejemos de caminar, girándome un poco hacia ella—. Soy mucho mejor amiga de lo que parezco y escuchar se me da de miedo, pero hoy es un día...

¿Cómo demonios lo explico? El chico del que estoy enamorada y con el que me acuesto, pero cuya historia con él comenzó por un trato y todo es *top secret*, ayer me dejó porque todo era solo una mentira para hacer que mi último año contase, su parte del trato,

pero creo que la mentira, en realidad, es esa y solo me está apartando porque tiene problemas, y cada vez tengo más claro que me necesita aunque no pueda justificar cómo lo sé... Vaya, parecía más complicado.

—¿Es por un chico? —resume tan bien que hasta da un poco de miedo.

—Sí —respondo, y diría que lo hago armándome de valor, porque sigo sintiéndome como si fuese Galileo en mitad de un montón de señores con gafas diminutas enfadados, señalando que la Tierra gira alrededor del Sol y no al revés mientras todos me miran como si estuviese loca. Él tuvo que tragarse sus palabras para salvar la vida. Solo espero que yo no tenga que hacer lo mismo al pensar que Jack solo me está alejando para protegerme para que mi corazón sobreviva.

—¿Es tu novio?

—No —susurro, y vuelvo a pensar en Big Sur, en la exposición de fotografía...—. Es complicado —pongo en palabras cómo me siento.

Eve asiente como si estuviese recordando algo concreto.

—Con los tíos, ¿cuándo no lo es? —replica.

—Suenas muy convencida —comento.

—Lo estoy —sentencia con una sonrisa, pero juraría que es una sonrisa triste.

Caminamos el siguiente puñado de metros en silencio. De pronto parece muy pensativa.

—¿Y por qué os habéis mudado? —planteo con la única intención de cambiar de tema. Me parece que ahora mismo necesita que la distraigan—. Es raro hacerlo justo antes de graduaros.

—Mi madre es ingeniera aeroespacial y le han ofrecido un puesto en el Centro de Investigación de Vuelo Armstrong de la NASA. UAU.

La verdad es que no se me ocurre qué otra cosa decir.

—Eso es... alucinante —afirmo a falta de una palabra mejor.

Vuelve a asentir con una sonrisa y es obvio que está muy orgullosa de su madre.

—Sí, una pasada, y estoy supercontenta por ella —me da la ra-

zón, pero también está claro que hay un pero—, pero —*voilà*— todo ha ocurrido prácticamente de repente. Literalmente, ayer estaba en Houston con mi vida y hoy todo está en un camión de mudanzas —asevera alzando suavemente las manos.

¿Houston?

—¿Vivíais en Houston? —indago veloz.

—Sí. Toda la vida. Mis padres son de allí y Hunter y yo también.

—Yo también —casi grito, flipando por la coincidencia.

Eve abre mucho los ojos.

—¿En serio?

—Yo nunca bromeo cuando se trata de Houston.

—A mi abuela le encantaría esa respuesta.

—Me lo enseñó la mía —replico, y las dos nos echamos a reír.

No me esperaba para nada esta casualidad.

—¿A qué universidad irás? —inquieta cuando nuestras carcajadas se calman.

—Berkeley —contesto con una sonrisa—. Sage, mi mejor amiga, y yo iremos juntas. ¿Y tú?

—Mis padres son exalumnos de Ole Miss. Aún no está decidido, pero es casi seguro que Hunter y yo estudiaremos allí.

—Suená bien.

Eve me mira enarcando las cejas. Un claro «la universidad va a ser una pasada, tía». Y no me queda otra que romper a reír otra vez.

Seguimos hablando camino del Red Diner y también mientras nos comemos una hamburguesa allí. Me cuenta que su padre es abogado. Me aclara que no es el tipo de abogado que imagino. Suele trabajar como asesor en centros cívicos de barrios marginales donde acceder a ayuda legal es casi imposible. Yo solo puedo sonreír. Parece que el señor Davis es de los buenos.

Yo le hablo de mi padre, de mi tía, de Sage y de Tennessee, su vecino por extensión. La pongo un poco al día de cómo funcionan las cosas en el JFK y prometo echarle una mano el lunes, su primer día oficial allí.

Me lo paso genial, pero mentiría si dijera que tengo puesto el cien por cien de mi atención en ella. Miro mi teléfono, no sé, un

millón de veces, y tengo que contenerme otros dos para no enviarme un mensaje a Jack. Quiero decirle que estoy enfadada, que no necesito que me aparten ni que me mantengan a salvo de los problemas, que no soy ninguna muñequita que va a romperse, y, sobre todo, quiero decirle que, si él quiere protegerme a mí, yo quiero protegerlo a él.

Oh, Dios. Qué fácil era mi vida antes, cuando mi mayor problema era leerme el primer libro de una trilogía antes de que saliera el segundo. Los chicos del equipo de fútbol siempre lo complican todo.

* * *

Tengo turno en el restaurante, así que, en teoría, se acabó pensar en el número catorce de los Lions. Pero, como soy idiota, no lo hago. Confundo dos pedidos y me caigo de una manera bastante cómica mientras llevo un tiramisú en la bandeja, que, por supuesto, acaba encima de mi camisa blanca. Suelto un taco y el señor D'Abruzzo me riñe mientras un chico de mi edad me aplaude desdenoso y yo lo fulmino con la mirada.

Llego tan cansada que lo único que me apetece es tirarme boca-bajo contra el colchón. Sin embargo, una no deja de ser idiota por muy agotada que esté y acabo volviéndome, todavía en la cama, con el móvil entre las dos manos. La pantalla ilumina mi habitación a oscuras y me pregunto si en serio sería tan horrible llamar a Jack. Sé que le está pasando algo. Y lo peor es lo que mi pobre corazoncito acaba de recordarme justo ahora: si fuera al revés, Jack movería cielo y tierra por ayudarme a mí, y no es un «a mí» de esos de «solamente yo»; Jack lo haría por cualquier persona que le importa.

Esa es la verdad y no necesito nada más. Abro la app de mensajes y busco nuestro chat. Pienso y repienso mucho qué poner, y al final opto por ser sincera y directa.

¿Estás bien?

Estoy nerviosa. Más aún cuando veo que Jack entra en el chat. Mi cabeza inventa algo así como diez posibles respuestas a esa pregunta, desde un «¿Y por qué no?» hasta un «La CIA ha secuestrado a mi familia porque yo también soy espía. Descubrí unos papeles secretos y uno de mis jefes, que es corrupto y está comprado por una coalición de supervillanos, quiere matarme». Suena un poco a peli de James Bond, pero no lo descarto.

Sin embargo, todo da igual, porque Jack sale de la aplicación sin contestar.

Tengo que dejarlo estar. Tengo que olvidarme de él. Tengo que rendirme.

—¿Por qué diablos no soy capaz? —gruño bajando los brazos y dejando que mi móvil descansa sobre mi estómago.

Porque lo quieres.

Menuda putada.

* * *

El domingo tengo doble turno y el tiempo libre entre los dos me lo paso en casa de Sage. Necesito una opinión objetiva sobre todo lo que está pasando. Lo malo es que ella está tan confundida como yo. Lo bueno es que me muero de risa al menos cuatro veces.

Después de cenar algo rápido, salgo al porche. Me siento en la madera, muy cerquita del primer escalón, con una rodilla en el suelo y la otra flexionada, apoyando en ella mis manos y una mejilla mientras enfoco la casa de Tennessee. Ha sido un día bastante caluroso y me apetece un poco de aire fresco mientras leo, pero también hay algo dentro de mí que se siente un poco mejor cerca de Tenn, como si eso implicara estarlo de Jack.

—Tú. —Oigo una voz que me resulta familiar, aunque no identifico de primeras. Lo dice sin demasiada amabilidad y esa es la clave para saber que se trata de mi flamante vecino: Hunter Davis.

—¿Alguien te ha dicho que saludas de pena? —contesto.

Hunter se sienta a mi lado, sin que nadie lo haya invitado, por cierto, y resopla como si le hubiesen hecho esa misma pregunta muuuchaaas veces.

—No eres tan perspicaz como para ser la primera.

Asiento.

—¿Por qué será que no me sorprende?

—Yo que sé, Miller —responde, desganado—, porque probablemente te crees más lista de lo que eres.

—Vaya —suelto, haciendo grande cada letra de la palabra—. Te encanta ese rollo de adolescente torturado, ¿eh? Solo que es difícil serlo cuando vives aquí, tus padres son adorables y tienes una hermana genial. El contexto es importante cuando quieres ir de James Dean. Mala suerte —asevero encogiéndome de hombros.

Hunter continúa mirando al frente. Parece que sonríe, pero es un gesto tan pequeño que no estoy segura.

—¿Qué quieres? —acelero la situación al ver que no pronuncia palabra pero tampoco se marcha.

—Mi padre dice que le devuelva esto al tuyo —responde, señalando lo que llevaba en la mano y ha dejado a su lado. Juraría que es una caja de brocas.

—Misión cumplida —contesto—. Puedes irte.

Pero parece ser que, momentánea e inexplicablemente, no hablamos el mismo idioma, porque no hace el más mínimo intento de abandonar mi porche. Todo lo contrario, se acomoda, colocando las palmas de las manos contra el suelo, a su espalda, y reclinándose hacia atrás a la vez que pierde su mirada en nuestra calle.

Yo voy a protestar. Es mi casa y él sigue sin caerme bien. Sin embargo, cuando me dispongo a abrir la boca, mi móvil suena, avisándome de un mensaje, y me lanzo sobre él. Desbloqueo la pantalla muy rápida y muy nerviosa. Al ver que es un mensaje de Harlow, resoplo con fuerza. Es una de mis personas favoritas, pero necesitaba desesperadamente que ese mensaje incluyese alguna pista, por muy pequeña que fuera, de lo que le ocurre a Jack.

Por supuesto, nada de esto le pasa desapercibido a mi nuevo vecino.

—¿Malas noticias, Miller? —pregunta con un tonito de lo más irritante.

—Métete en tus asuntos —le dejo claro, volviendo a apoyar la

mejilla en mi rodilla tras romper la barrera del sonido en coger teléfono-leer mensaje-querer estampar teléfono.

—¿Tienes novio? —inquire, porque, obviamente, sigue sin entender mi idioma.

—Sí —disfruto de mi respuesta, porque el muy idiota esperaba un no.

—¿Un pringado como tú?

—O como tú —replico molesta.

Él esboza algo parecido a una sonrisa. No tiene pinta de ser de los que sonrío demasiado.

—Sí, pero yo estoy en una ciudad nueva y puedo empezar de cero. Tú lo vas a tener complicado para deshacerte de ese pringado del... —se toma un segundo para pensarlo—... ¿club de ciencias?

—Juega al fútbol —suelto con algo parecido a la satisfacción personal, y me odio un poquito por entrar en el juego de que pertenecer al equipo de fútbol te convierte en alguien más válido socialmente... Es que tenía muchas ganas de devolvérsela.

—Vaya —contesta asombrado, irónico y malicioso a partes iguales—. Espera... —se corrige—... El Fútbol fantasy no vale.

«Es el capitán», estoy a punto de decir, pero me doy cuenta de que no puedo hacerlo. Jack no es mi novio. Actualmente no es mi nada. De pronto un peso sordo se instala en mi estómago, porque debería decir «actualmente yo no soy su nada». Él, para mí, sigue siendo mi todo. Patética a la una, a las dos... Además, tengo un novio falso por ahí. Sería genial recordarlo en este tipo de situaciones.

—Eres idiota —me reafirmo.

—Lo dice la que sale con un jugador del equipo de fútbol.

Lo comenta desdeñoso, como si de repente nos hubiésemos trasladado a un mundo mágico donde la lluvia nace del suelo, todos caminamos al revés y la mayor aspiración de los chicos del instituto es ser una especie de antisocial como él.

—Y cuéntame, Hunter —planteo, fingiéndome amable cuando en realidad soy toda ironía—, ¿hay alguna pobre chica por ahí a la que alguna vez hayas convencido para que salga contigo?

—Tengo mi público —responde.

—No aquí —sentencio.

—¿Y dónde está esa estrella del fútbol ahora?

Coge el libro que tengo a mi lado, pero se lo quito rápido. No es mi amigo, así que no va a curiosear mis cosas.

—Es complicado —gruño.

—¿Complicado? Los jugadores de fútbol son felices mientras tengan un verde césped donde lanzar la pelota y a una chica moviendo los pompones —pronuncia sarcástico.

—Yo no soy animadora —le aclaro.

—No estaba hablando de ti —replica apartándose el pelo oscuro de la cara y echándoselo hacia atrás con el mismo movimiento de mano—. Me refería a la chica a la que, justo ahora —dice, mirando su reloj como si realmente necesitara comprobar la hora—, se está tirando.

Resoplo alucinada. Más cabreada de lo que puedo explicar.

—¿Qué? —pregunta, sin entender dónde está el problema de su argumento—. Tenéis problemas y esos tíos piensan con la polla dentro y fuera del campo.

—Eres imbécil —siseo cogiendo mi móvil y mi libro y levantándome veloz.

No dejo que diga nada más y entro en casa empujando la puerta con fuerza. ¡Es gilipollas! No hay otra explicación. Ni siquiera me conoce y se ha atrevido a decir que Jack... que él... Los ojos se me llenan de lágrimas. Sé que no es verdad, que no está con ninguna chica. Pero es que empiezo a tener un miedo terrible de que le esté pasando algo complicado y peligroso y esté solo.

—Joder —farfullo para mí.

Solo quiero saber qué hacer.

* * *

—¿Qué tal la clase de historia? —me pregunta Sage cuando nos reencontramos en nuestras taquillas.

Ya le he presentado a Eve. Se han caído de maravilla al instante. Genial.

—Bien —contesto guardando precisamente el libro de esa asig-

natura y cogiendo el de español—, aunque no tengo ni idea de cómo terminar el trabajo.

Estoy nerviosa. Es una estupidez negarlo. Tratar de mantener a raya la idea de que Jack me necesita durante el fin de semana ha sido una cosa; hacerlo aquí, en el instituto, donde podría encontrármelo en cualquier momento, es otra muy muy muy diferente. Llevo escabulléndome de clase en clase toda la mañana. He decidido echarle la culpa a que tiene los ojos verdes más bonitos del mundo y a lo bien que huele. Lo de que soy una idiota enamorada lo he dejado convenientemente al margen.

—¿Qué tal está yendo tu primer día? —le pregunta Harlow a Eve cuando se encuentran junto a nuestras taquillas.

Antes de la primera hora también le he presentado a Eve y también ha sido un flechazo de amigas en toda regla. Genial. ¡Genial!

—Un poco caótico, pero bien —responde con una sonrisa—. ¿El señor Rogers es siempre tan rollazo? —plantea.

—A nosotros nos gusta decir que te roba la vida poco a poco —le explica Harlow.

—Y que después coge el aliento que ha extraído de sus alumnos sin vida y hace una poción para conseguir dominar el tiempo y que pase asquerosamente lento en su clase —añade Sage.

—Eso es nuevo —apunto con una sonrisa y la cabeza metida en mi taquilla.

—Lo pensé el viernes pasado en su clase mientras luchaba por no desmayarme de aburrimiento —cuenta.

Eve la señala con los ojos muy abiertos, como si perder la conciencia fuese lo que ha estado a punto de ocurrirle a ella.

—¿Ya has hablado con Elena Ward? —le pregunto a Eve.

En el Red Diner me explicó que en Houston estaba en un grupo de baile y le encantaba, así que le hablé de las chicas del club de baile del instituto. Elena Ward es la capitana, la jefa o como sea que se diga «líder supremo» en el mundo del baile. Se lo toma muy en serio. Incluso da un poquito de miedo.

—Hoy, a la hora del almuerzo, me harán una prueba —responde con una sonrisa, muy emocionada y muy nerviosa.

Todas le damos ánimos al instante. Seguro que lo hará de coña.

Un par de minutos después cada una se marcha en una dirección diferente, camino de sus respectivas clases. Sage y yo, juntas. Nos toca español.

—Si quieres, podemos comer algo rápido e ir a la biblioteca. Yo te ayudo con historia y tú a mí con cálculo —me propone, añadiendo un resoplido de pura frustración tras la última palabra.

—Trato hecho —acepto con una sonrisa.

El timbre suena. Este cambio de clase se me ha hecho supercorto. Mi mejor amiga y yo nos echamos una pequeña carrera hasta el aula, en la planta de abajo, al fondo del pasillo.

—A tiempo —nos felicita Sage al entrar y ver que la señorita Vergara aún no ha llegado.

Yo me paro a un par de pasos de la puerta. Necesito recuperar el aliento. Maldita sea, mi forma física es lamentable. Si llegara el apocalipsis zombi, no sobreviviría. Seguro.

—Tengo que hacer más deporte —me digo, entrando— o empezar a hacerlo.

En cuanto cruzo el umbral, el aire se me corta de golpe y todo lo que respiro es preocupación.

—Jack —murmuro, tan bajito que es imposible que alguien me haya oído.

Está al final de la clase, de pie junto a la mesa de Becky. Habla con ella o, más bien, escucha impaciente lo que ella le dice. Pero nada de eso es lo que está haciendo que ahora mismo los latidos de mi corazón me martilleen en los oídos. Jack parece demasiado nervioso, también demasiado preocupado, con la rabia dominándolo todo. Puede que nadie más pueda verlo, pero yo sí. Jack está cabreado y frustrado y asustado, mucho. El moratón en el pómulo se ha oscurecido un poco. Sigue teniendo varios puntos de aproximación en la ceja derecha. El labio partido tiene mejor aspecto. No me di cuenta ayer, pero lleva la mano izquierda vendada, como en los entrenamientos o los partidos, solo que ahora no tiene nada que ver con el fútbol.

Levanta la cabeza. Nuestras miradas se encuentran. La preocupación me ahoga con la fuerza de un condenado huracán. Necesito que esté bien y es más que obvio que no lo está.

Dejo las cosas sobre el primer pupitre que me da la oportunidad y echo a andar en su dirección. Podría decir que para hablar con él, pero solo estaría mintiendo. Lo hago porque algo tira de mí. Somos como dos imanes y solo puedo pensar en tenerlo cerca.

Sin embargo, Jack aparta sus ojos de los míos y, sin ni siquiera dejar que Becky termine de hablar, se marcha. No dice nada. No vuelve a mirarme.

Y yo sé que debería estar enfadada con él por comportarse así, por intentar mantenerme al margen, pero ese algo dentro de mí que no para de gritarme que me necesita pesa más y salgo tras él.

—Jack —lo llamo en mitad del pasillo desierto.

Él se detiene de inmediato, como si oír su nombre en mis labios significase mucho más que cualquier otra palabra. Sus hombros se tensan y tengo la sensación de que dentro de él se está librando una batalla abismal. Pero, tras unos segundos, da una bocanada de aire y continúa caminando sin ni siquiera girarse.

—Jack —lo llamo otra vez.

Se frena de nuevo. Es mi voz. Y una voz no te importa si no te importa la persona.

—Vuelve dentro, Holly —me ordena.

Niego con la cabeza y avanzo un paso más. Necesita ayuda.

—¿Por qué no me cuentas qué es lo que te pasa? —insisto.

—Porque no es tu problema —contesta volviéndose.

Está al límite, en todos los sentidos en los que es humanamente posible estarlo, y aun así esas palabras no son más que una manera de apartarme porque quiere protegerme.

—Solo quiero ayudarte —trato de hacerle entender.

Lo que digo, o, no sé, puede que sea cómo lo digo, hacen que por un momento la rabia desaparezca de sus ojos verdes y un poquito del autocine, de las gradas, de todas las canciones que hemos escuchado en su Mustang brillen entre los dos. Mi corazón se agita contento. Yo tenía razón. No lo fingió... Pero en el segundo siguiente el enfado, el miedo, aún mayor, más cortante, más profundo, se apoderan de él.

—Vuelve dentro —me pide, y su voz suena diferente, más ron-

ca, como si el esfuerzo para pronunciar esas dos palabras fuera todavía mayor.

—Jack...

No hay nada que hacer. Gira sobre sus talones y comienza a alejarse.

Pero yo no me rindo, nunca con la gente que me importa.

—Sé que solo me estás apartando porque crees que necesitas protegerme de lo que sea que te está pasando —me armo de valor para decir, dando un nuevo paso adelante. Mi frase da en el centro de todo lo que siente y vuelve a detenerlo en seco—, pero ¿sabes qué? —la voz me tiembla, pero también está llena de una seguridad infinita, porque sé que no me equivoco, que la mentira fue lo que dijo en la puerta del Sue's y no cómo me miró cuando le dije que lo quería—. No puedes estar más equivocado. Si tú siempre vas a estar ahí para mí —recuerdo sus palabras en Big Sur—, yo siempre voy a estar aquí para ti. Así que compórtate como un capullo todo lo que quieras, Jack Marchisio, que no va a valerte para que deje de preocuparme ni siquiera un poquito por ti.

Nos quedamos callados, pero el silencio entre los dos está lleno de cosas que solo nosotros podemos ver... cómo nos sentimos cuando el otro está cerca; su cuerpo llamando al mío; su corazón latiendo deprisa; la forma en la que me dice que no hay nada en el mundo que no sea yo cuando me mira.

Jack endereza el cuerpo, da un paso hacia atrás. Mi respiración se acelera porque va a girarse, porque va a venir hasta aquí, porque va a dejarme ayudarlo.

—Es cierto, Holly, solo quiero alejarte —confiesa. Sus ojos verdes me atrapan. Todo se vuelve más intenso. El corazón me late aún más rápido—. Y necesito que sea así.

—¿Por qué?

—Porque necesito saber que estás bien para poder respirar.

Le mantengo la mirada. ¿Qué se supone que puedo contestar a eso? Solo soy capaz de notar el millón de mariposas volando con fuerza. «Quédate, por favor.» Eso es lo único que quiero decir. Pero la rabia, el miedo, tiran de él y se marcha decidido, empujando la puerta de la salida de emergencias.

Me quedo observando la puerta de metal, con el corazón retumbándome en el pecho. No voy a rendirme. Es imposible que lo haga ahora. No sé qué es lo que le ocurre, pero tengo más claro que nunca que me necesita.

Decisión tomada.

Al girarme para volver a clase, me doy cuenta de que Hunter está en el pasillo, a unos metros de mí. Me mira con una mezcla de curiosidad, interés y un poco de confusión. Es obvio que ha presenciado toda la escena, pero, la verdad, en este momento eso es lo último que me importa. Además, no me apetece oír ninguno de sus estúpidos comentarios.

Entro en clase y me dirijo hacia Sage.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta mi amiga. También está preocupada.

—Llévate mis cosas a tu taquilla —le pido, cogiendo solo mi teléfono móvil y encaminándome de nuevo a la salida.

Por suerte, la señora Vergara está llegando tarde.

—Pero Holly... —me llama.

—Hablamos luego —la interrumpo para tranquilizarla, saliendo ya.

Voy hasta el laboratorio de química mientras hago memoria, pegando trozos de conversaciones sueltas sobre clases y horarios. Me asomo a la ventana de la puerta, tratando de que el profesor no me vea. Reviso cada cara. Harry no está; tampoco Ben ni Tennessee. Chasqueo la lengua contra el paladar. Claro que no están. Si a Jack le ha sucedido algo, estarán tratando de ayudarlo, como yo.

Voy al gimnasio. No están. Los vestuarios. Tampoco. Los coches de Ben y Harry siguen en el aparcamiento. Tienen que estar aquí. Y, de pronto, sé exactamente dónde se encuentran.

—¿Qué le ha pasado a Jack? —pregunto sin andarme por las ramas en cuanto llego hasta ellos, en el centro de las gradas del estadio de los Lions.

Ben y Harry se miran, supongo que sopesando si contármelo o no. No hay rastro de Tennessee.

—Jack tiene problemas —responde al fin Ben—. Necesita mucho dinero.

El corazón se me encoge en el centro del pecho.

—¿Cuánto?

—Unos veinte mil —contesta Harry.

—Esta mañana he acompañado a Jack a vender su Mustang a San Bernardino —me explica Ben—, pero el tío sabía que Jack necesitaba la pasta y ha intentado jugársela. Le ha ofrecido solo dos mil.

Frunzo el ceño perdida y enfadada. Ese coche vale al menos quince mil.

—Jack pensaba aceptarlos —continúa, y sé por qué lo dice. Jack adora ese coche. Si estaba dispuesto a malvenderlo es porque está desesperado. ¿Qué demonios le ha pasado?—. Lo he convencido para que no lo hiciera y esperara a que hablara con mi padre. Tiene un amigo con un concesionario de coches de lujo en Reseda. Él le conseguirá un precio mejor.

—¿Y los golpes? —inquiero, tratando de mantener todas las emociones a raya y fracasando estrepitosamente.

—Unos matones —me explica Harry, perdiendo la vista al frente. No soy la única demasiado preocupada aquí—. Le han dado una paliza por no tener el dinero a tiempo —añade, mirándome de nuevo.

Trago saliva. Todo esto parece una maldita pesadilla.

—Ben y yo hemos fundido nuestras tarjetas. Tenn está ahora mismo en la oficina de su madre, intentando conseguir algo más.

—Yo tengo tres mil doscientos —digo—, no, tres mil trescientos treinta y dos dólares —rectifico, contando las propinas de este fin de semana en el restaurante—. Solo tengo que ir al banco.

—Jack no va a aceptar tu dinero —trata de hacerme entender Harry.

Yo tuerzo los labios en un gesto triste.

—Y el vuestro tampoco —le recuerdo. Jack nunca permitiría que ninguna persona que le importa se sacrificase de la manera que fuese por él—, pero tenemos que ayudarlo.

Bajo las gradas rápido y regreso al edificio principal. Espero a que termine la clase de español subiéndome por las paredes y, en cuanto suena el timbre, entro y voy flechada hasta Sage sin impor-

tarme que la señora Vergara pueda verme después de haberme saltado su hora.

—Déjame el coche, por favor —le pido.

—¿A Clint? —pregunta desconfiada.

—Por favor —insisto antes de que pueda decirme que no—. Tendré cuidado.

Sage rebusca en su mochila y me tiende las llaves, pero, cuando las agarro, ella no las suelta.

—¿Qué está pasando? —me plantea—. Y no te atrevas a mentirme y decirme que está todo bien —se adelanta a lo que pensaba contestar, apuntándome con el índice de la mano que le queda libre.

Suelto un profundo suspiro, mitad por la preocupación, mitad por la preocupación más el hecho de que no sé por qué Jack está metido en un problema así. Joder. Harry ha dicho «matones».

—Tengo que ayudar a Jack —me sincero—. No sé qué le ocurre, pero sí que me necesita y, francamente, yo no necesito nada más.

Sage sonrío llena de empatía. Sabía que me comprendería. Es mi compinche.

—Si tienes un accidente con Clint, asegúrate de morir o te mataré yo —me advierte, soltando las llaves.

Yo las aprieto con fuerza en mi mano.

—Lo cuidaré muchísimo —le prometo saliendo disparada de nuevo—. ¡Muchas gracias! —grito para hacerme oír, teniendo en cuenta la distancia que he recorrido ya.

Voy volando al aparcamiento; de ahí, al Wells Fargo Bank, en Western Avenue. Saco todo lo que tengo, paso por casa, recojo mis últimas propinas y después por el restaurante, a pedir un anticipo. El señor D'Abruzzo me hace muchas preguntas y me sabe mal preocuparlo, pero consigo dos semanas por adelantado. En total, tres mil cuatrocientos cuatro dólares.

Cuando aparco el coche frente a la entrada de la casa de Jack estoy muy nerviosa y muy preocupada, pero también convencida de que esto no es solo lo que tengo que hacer, sino también lo que quiero.

Llamo a la puerta principal y espero impaciente a que me abran.

La señora Marchisio, la madrastra de Jack, solo tarda unos segundos en aparecer al otro lado. Tiene un aspecto cansado, incluso triste, como si no hubiese dormido en toda la noche por no poder dejar de llorar. Sin embargo, enseguida fuerza una sonrisa al tiempo que se mete el pelo detrás de la oreja.

—Holly, ¿verdad? —me dice amable.

Asiento.

—Sí, señora Marchisio. Buenos días.

—Buenos días.

—¿Podría ver a Jack?

Ella me mira sin decir nada. No sé por qué he dado por hecho que estaría aquí cuando podría estar en cualquier otro lugar. De paso, debería haberlo pensado antes y mejor, porque, si en su casa no saben nada, voy a estar metiéndolo en un lío más, descubriendo que no está en el instituto ahora mismo.

—Sí —contesta al fin, echándose a un lado con la puerta para dejarme pasar—. Está en su habitación.

Suelto todo el aire que sin darme cuenta había contenido y entro. Aún más nerviosa, cruzo el vestíbulo camino de las escaleras.

—Buenos días, señor Marchisio —digo al toparme con su padre.

Él, con varias carpetas de color sepia en una mano y el teléfono móvil en la otra, me mantiene la mirada. Si no fuera una completa locura, diría que odia que esté aquí... aunque, seguramente, solo esté preocupado.

—Buenos días —murmura dirigiéndose a lo que imagino que es su despacho.

Trato de ignorar la sensación de que no quiere que esté aquí. Reanudo la marcha y voy hasta la planta de arriba.

La puerta del cuarto de Jack está entreabierta. Respiro hondo de nuevo y llamo. El corazón me late desbocado contra el pecho. Nadie responde. Me dispongo a llamar otra vez, pero me doy cuenta de que hoy no tengo la suficiente paciencia para esperar y empujo suavemente la madera.

—Jack —lo llamo entrando despacio en su dormitorio.

Todo está desordenado, aunque no lo suficiente como para des-

cribirlo como revuelto. Más bien parece que alguien ha estado rebuscando por todo el cuarto. Entiendo que eso es exactamente lo que ha pasado cuando me fijo en la cama y veo sobre ella un reloj de pulsera con aspecto de ser antiguo, un par de dólares de plata de esos que se guardan en una cajita de cristal y los papeles del Mustang.

Jack está revisando las últimas baldas de una estantería, de espaldas a la puerta. Por un momento solo lo observo, tratando de averiguar qué es lo que pasa. Está demasiado nervioso, demasiado preocupado. Asustado. Como en el instituto.

Y, como antes, yo solo quiero ayudarlo.

Ralentiza sus movimientos hasta detenerse por completo y da una larga bocanada de aire. Soy consciente de que suena a locura, pero sé que sabe que estoy aquí, aunque estuviese tan concentrado en lo que hacía que no me haya visto ni oído, igual que yo podría sentirlo a él en una habitación llena de gente.

—¿Qué haces aquí, Holly? —inquire, levantándose y dando un paso hacia mí.

Ni siquiera ahora, que me gustaría mantener la cabeza fría, puedo obviar todo lo que siento por él. Entregarle el dinero y marcharme. Eso es lo que debería hacer, pero es como si hoy el hechizo fuese más fuerte que nunca, como si el peligro se materializara en sus heridas, como si todo lo que lo quiero pareciese hacerse más grande en el centro de mi pecho.

—Solo he venido a traerte esto —digo avanzando un poco más, teniéndole el dinero en un sobre algo manoseado con el logo del banco.

Jack lo observa al tiempo que frunce el ceño, ese gesto imperceptible y que apenas dura un segundo tan suyo, y niega con la cabeza una sola vez, moviendo su vista del sobre a mis ojos.

—No —sentencia, y da igual que sea una sola palabra, porque no deja un solo resquicio de duda.

—Cógelo —insisto, recogiendo y volviendo a extender el brazo—. Sé que te hacen falta veinte mil dólares.

Jack no se mueve. No dice nada. No levanta sus ojos de mí.

Yo me voy poniendo más y más nerviosa. El miedo. La preocupación. Todo pesa más.

—¡Los necesitas! —grito exasperada, con todos los sentimientos a flor de piel porque no sé en qué lío está metido y me asusta demasiado que vuelvan a hacerle daño.

—No —responde—. Y deja de hacer esto, Holly. No quiero que lo hagas. No es asunto tuyo.

—Sí, sí que es asunto mío.

¿Por qué no puede entenderlo?! Haría cualquier cosa por él y no me importa lo estúpido, cursi o entregado que sea. Nunca, jamás, podría darle la espalda.

—No —contesta con la voz ronca y entrecortada, destruyendo la distancia que todavía nos separaba y dejándonos frente a frente—. Nunca será asunto tuyo y haré todo lo que esté en mi mano para que sea así.

Me mira a los ojos tan de verdad que duele. Solo quería sacarme de su vida para ahorrarme todo esto y ahora mismo no podría quererlo más porque solo desea protegerme, pero es que esto funciona en las dos direcciones, porque yo también haré todo lo que esté en mi mano para protegerlo a él. Siempre.

—Márchate —me pide girándose de nuevo, dejándome sola en el centro de su habitación.

Pero no es lo que quiero. Jamás voy a rendirme. Nunca con él.

—No —niego tozuda.

Ya ni siquiera puedo elegir. Da igual lo complicado que sea, porque aquí es donde mi corazón quiere estar.

Mi única palabra lo hace detenerse, girarse otra vez. Sus ojos verdes buscan los míos castaños y nos desafiamos.

—Márchate —repito caminando de nuevo hacia mí.

—No —vuelvo a contestar yo.

—Holly —ruge.

—¡No!

¡No! ¡No! ¡No!

—¿Por qué?! —grita necesitando desesperadamente que me vaya para mantenerme a salvo, herido, asustado. Pero es que no hay ninguna posibilidad de que yo pueda abandonarlo.

—¡Porque tú me importas! —chillo como él, suplicándole que no me deje al margen porque ya no puedo estar ahí—. ¡Tú me importas! ¡Tú! ¡Tú!

Jack no lo duda. Gruñe un «joder» entre dientes. Corre hasta mí y, tomándome de las caderas, me besa con fuerza. Son sus labios. Son sus manos. Su sabor. Su calor. Su olor a fresco y a menta. Rodeo su cuello con mis brazos y él me estrecha contra su cuerpo, levantándose del suelo, pegándose más a él mientras pierdo los dedos en su pelo, mientras, simplemente, soy feliz.

—Y yo te quiero —susurra contra mis labios, haciéndome sonreír contra los suyos—. Tendría que habértelo dicho en el Sue's. Tendría que habértelo dicho todos los putos días. Siento haber intentado alejarte. Nada de lo que ha pasado entre nosotros tiene que ver con el trato.

Niego con la cabeza, besándonos de nuevo.

—Ya no importa —le digo, y es la pura verdad—. Solo necesito saber que estás bien —continúo, apartándome apenas unos centímetros para poder mirarlo a los ojos.

—Vamos a encontrar la manera de poder estar juntos —pronuncia, y cada palabra suena a paraíso—. Te lo juro.

—Sí.

Confío en él.

Más besos. Aprieta sus manos en mis caderas al mismo tiempo que toma mi labio inferior y lo muerde, tirando suavemente de él, y estoy a punto de derretirme entre sus brazos.

—Espera —me pide separándose de nuevo, pero prácticamente en el mismo segundo deja caer su frente contra la mía—. Quiero hablar.

Sin que pueda contenerla, una sonrisa vuelve a dibujarse en mis labios.

—Hablar —repito con el corazón laténdome deprisa.

Jack resopla y sonrío a la vez.

—Ya sé que suena raro viniendo de mí —realza lo obvio—. Hazte una idea de cuánto me has cambiado.

Tan pronto como termina la frase, vuelve a estrellar sus labios contra los míos y yo vuelvo a sonreír. Jack me lleva contra la puer-

ta, que se cierra de golpe a mi espalda. Lo salvaje va ganándonos la partida. Nuestras respiraciones se aceleran y las ganas que siempre nos tenemos toman el control.

—¿Qué es lo que querías decirme? —pregunto a punto de olvidarme de todo y dejarme llevar hasta el lugar que él fabrique para los dos.

Jack me da un beso más largo, intenso, lleno de fuego, pasión y, oh, sí, sí, ¡sí! AMOR.

—Hay algo que quiero que sepas —pronuncia con la voz ronca y trabajosa, apartándose de mí, pero, como si fuese incapaz de hacerlo, vuelve a besarme, interrumpiendo su propia frase—. Quiero contarte qué está ocurriendo.

Asiento entre besos. Nos miramos a los ojos y los dos nos aguantamos las ganas para poder mantener esta conversación.

—Todo lo que está pasando —empieza a decir. Yo vuelvo a asentir, ordenándole a mis neuronas que le presten toda su atención— es por mi padre.

¿Qué?